



## Capítulo 206 - Terrible trabajo en equipo

Vergil miró a las dos mujeres con una sonrisa desdeñosa; sus ojos rojos brillaban con una intensidad amenazante. «Vengan», ordenó, con la voz cargada de confianza y frialdad. Estaba más que preparado para lo que estaba a punto de suceder.

Sin dudarlo, las dos mujeres avanzaron en perfecta sincronía, sus espadas irradiando una energía casi palpable. Los golpes eran rápidos y brutales, sus hojas cortando el aire con precisión letal. Incluso para Vergil, la fuerza de sus ataques era abrumadora, y el suelo temblaba bajo el impacto de sus movimientos.

No tuvo tiempo de reaccionar por completo. En un instante, salió despedido hacia atrás en una explosión de energía, y su cuerpo se estrelló contra un edificio a una velocidad que hizo temblar las estructuras circundantes.



"¡JAJAJAJA, SÍ!", gritó Vergil, riendo al chocar contra el concreto, y su energía demoníaca desató una ola de destrucción.

Roxanne, que había estado observando atentamente, se quedó paralizada, con la mirada fija en Vergil. Suspiró profundamente, con un atisbo de frustración invadiendo sus pensamientos. «Solo quería... follar», murmuró, visiblemente molesta. Echó un vistazo a la escena con un suspiro. «¿Es mucho pedir... sentir el cálido roce de mi marido en paz...?», pensó, deseando que la situación fuera menos caótica y más íntima.

Su mirada permaneció fija en Vergil, con una mezcla de comprensión y un toque de irritación ante la inesperada interrupción de sus planes. «Maldición», maldijo.



Vergil emergió de entre los escombros con una sonrisa frenética, sus ojos rojos brillaban de emoción y poder. Su expresión reflejaba a la perfección la de un ser que dominaba la batalla. "¡JAJAJAJA! ¡ESTO ES DIVERTIDO!", gritó, y su risa resonó a su alrededor mientras avanzaba, con un aura demoníaca envolviéndolo como una tormenta a punto de estallar.

No solo se recuperaba; se alimentaba de la energía de la lucha; la adrenalina de cada golpe intensificaba su placer. Con un movimiento rápido y fluido, se abalanzó sobre las dos mujeres sagradas, con su espada Yamato en la mano, listo para cortar el aire y a todo lo que intentara oponerse a él.

Los dos, con expresiones impasibles, reaccionaron con rapidez, pero el trabajo en equipo que habían intentado hasta entonces resultó ineficaz. Vergil superó con creces sus expectativas. Los obligó a adaptarse, cambiando su estrategia rápidamente, pero sin éxito. La coordinación que antes parecía perfecta ahora se desmoronaba bajo la presión que él imponía.

—¡Zex, cúbrelo! ¡Lo enfrentaré de frente! —ordenó la rubia con voz clara y firme, pero con cierta inquietud. Era evidente que empezaban a darse cuenta de que su sincronización no era suficiente para controlar a Vergil.

"Entendido, Iridia", respondió Zex con una confianza gélida, aunque sus ojos denotaban que el desafío había alcanzado otro nivel. Avanzó velozmente, moviéndose entre las sombras, buscando una abertura para sorprender a Vergil.

Vergil rió al notar el cambio de táctica; sus ojos brillaban con un toque de diversión. «Entonces, estos dos tienen nombre...», murmuró, más para sí mismo que para ellos, mientras acortaba la distancia entre él e Iridia con un movimiento de su espada.





Hizo una pausa, como si disfrutara del descubrimiento del nuevo juego que se abría paso. «Iridia y Zex... Qué nombres tan interesantes para unas mujeres tan... encantadoras», continuó, con cada palabra cargada de sarcasmo y provocación.

Zex, moviéndose entre las sombras, no tardó en atacar. Pero Vergil, siempre un paso por delante, giró con la velocidad de un depredador y bloqueó fácilmente su ataque, sin apartar la vista de las dos figuras.

Iridia, a su vez, intentó rodearlo, esperando un error, pero Vergil no se descuidó. Esbozó una sonrisa aún más amplia, sintiendo que el juego se intensificaba a medida que se desarrollaba la batalla.

"¿Crees que puedes vencerme con esta coordinación de aficionados?", se burló Vergil con voz fría y desdeñosa. "Puede que seas el mejor en tus órdenes, pero estás lejos de ser rival para mí".

Las dos mujeres intercambiaron una mirada, ahora plenamente conscientes de que la situación estaba cambiando, su trabajo en equipo estaba empezando a fallar y la línea entre el combate y el desastre se estaba volviendo cada vez más delgada.

Vergil avanzaba con una confianza que rozaba el desdén, con pasos ágiles y calculados, como un depredador jugando con su presa. Bloqueaba cada ataque con facilidad, como si las espadas sagradas de Iridia y Zex fueran meros juguetes. La frustración crecía en ambos, y Vergil sabía exactamente cómo manejarla.

"¡Ah, qué divertido!", se burló Vergil, esquivando otro golpe de Zex, antes de saltar a un lado y, con un movimiento fluido, cortar la espada de Iridia en el aire. "En serio, no tienen ni idea de lo que hacen, ¿verdad? Trabajan juntos, y aun así apenas pueden tocarme."





Iridia gruñó, visiblemente irritada, con los ojos brillando de rabia creciente. Giró su espada con más fuerza, asestando un golpe salvaje. "¡No necesito una lección de lucha de alguien como tú!", gritó, pero en el fondo sabía que estaba perdiendo el control de la situación. Vergil estaba haciendo que cada uno de sus movimientos fuera ineficaz, siempre un paso por delante, siempre un golpe más rápido, más preciso.

Vergil rió con desprecio. «Qué patético... ¿De verdad crees que me vas a vencer con esos golpes? Qué predecible». Lo esquivó con facilidad, casi como si bailara, con una sonrisa maliciosa en el rostro.

Zex, buscando una oportunidad, realizó un movimiento audaz para alcanzar la espalda de Vergil, pero este la bloqueó con un simple movimiento de su espada. La velocidad con la que reaccionó la sorprendió. «Oh, eres rápida, pero te falta inteligencia, querida. Necesitas algo más».

Zex, visiblemente irritado, miró a Iridia con nerviosismo. "¿Qué pasa? ¡Trabajamos juntos, pero... nada funciona!", exclamó frustrada.



Iridia, con la paciencia agotándose, respiró hondo y miró a Zex. Sus ojos ardían de rabia y algo más: una sutil inseguridad. "¿Me lo estás contando ahora? ¡No me digas que ni siquiera puedes tocarlo! ¡Me estás avergonzando!", replicó, con la voz cada vez más áspera, como si la confianza en sí misma se estuviera resquebrajando.

Vergil, al ver el creciente nerviosismo entre ellos, no pudo resistir la tentación de provocarlos aún más. "Mírense... Uno tan arrogante, el otro tan desesperado. ¿De verdad creen que pueden vencerme? Esta sincronización suya es... bueno, adorable, pero completamente inútil". Soltó una risa sarcástica. "Si yo fuera tú, empezaría a reconsiderar mis decisiones".

La tensión entre las dos mujeres era palpable, y Vergil no la notó. Sabía que se estaba aprovechando de su desesperación, obligándolas a cometer errores.

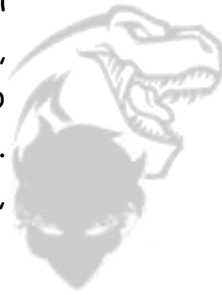


Lo que una vez pareció una estrategia unida comenzó a desintegrarse, cada una culpando a la otra por su fracaso.

—No te pongas nervioso, Zex. Creo que no estamos haciendo un buen trabajo juntos, pero podemos solucionarlo. ¡Lo juro! —Iridia intentó recuperar el control, pero la duda en su voz era evidente. Nunca la habían desafiado así, y Vergil estaba destruyendo su confianza poco a poco.

Zex la miró con desconfianza, la ira empezaba a apoderarse de ella. "¿Dices que es mi culpa? ¡Ni siquiera puedes asestar un golpe! ¡Y aún crees que puedes darme órdenes!", gritó, con una frustración evidente, algo que nunca antes había mostrado.

Vergil aprovechó el momento de tensión para avanzar, asestando un golpe tan rápido que les fue imposible reaccionar a tiempo. Cortó el aire con el Yamato, rozando la espada de Zex antes de desaparecer como un rayo, apareciendo detrás de ella y presionando su espada contra su garganta. "Ustedes dos... deberían saber que no es solo el trabajo en equipo lo que gana una batalla", susurró con una voz llena de veneno y placer.



Iridia se giró rápidamente, con la cara roja de ira y vergüenza. "¡No... esto no terminará así!", gritó, pero Vergil la interrumpió con una mirada penetrante.

"Sí, lo será", dijo Vergil con una sonrisa cruel, mirándolos con aire de superioridad. "Porque, al final, nunca fueron una amenaza real. Solo fueron piezas en un juego que ya gané". Hizo una pausa y, con un movimiento rápido, apareció detrás de Iridia. Con un golpe preciso, la golpeó en el cuello, provocándole un desmayo instantáneo. Cayó al suelo como un saco de patatas, y Vergil, sin esfuerzo, la agarró del brazo como si fuera un simple objeto.

Volviéndose hacia Zex, Vergil apareció frente a ella con una sonrisa traviesa. «Ahora te toca a ti, querida», murmuró antes de asestarle un golpe igual de



potente, dejándola inconsciente. Zex cayó hacia atrás con un fuerte impacto, como un muñeco de trapo sin control.

Vergil miró a las dos mujeres inconscientes y suspiró, como si acabara de completar una tarea tediosa. "Bueno, eso fue... decepcionante. Esperaba un poco más de resistencia. Pero bueno, hagámoslo a mi manera".

Se giró hacia Roxanne con una sonrisa traviesa, y sus ojos brillaban con una diversión inusual. "Cariño, desactiva la barrera, llevémonos a estos dos a casa. Seguro que tenemos MUCHO que descubrir... o al menos reírnos un poco con sus intentos de engañarnos."

Roxanne, que había estado observando la escena con una mezcla de incredulidad y cansancio, lo miró e hizo una mueca de desánimo.

"Sólo quería... tener sexo..." murmuró Roxanne con tristeza.

